

Coelio por su parte pone sitio á Thurium. Allí, mientras trata de seducir á unos ginetes españoles y galos ofreciéndoles dinero para que dejen el partido de César y sigan el de Pompeyo, uno de ellos, hallando su discurso poco elocuente ó quizá prolijo, le pasa su espada á través del cuello.

Tal fué el fin de Milon y Coelio y de su loca empresa.

IV.

César y sus cuarenta mil hombres tenían, pues, sitiados á Pompeyo y sus cien mil soldados.

Pompeyo resolvió efectuar una doble salida de su campamento y de Dirraquium.

El objeto era apoderarse de una altura fuera del alcance de las flechas de los soldados de César y acantonar allí una parte de sus tropas.

Atacó á los cesarianos por tres puntos mientras que los de Dirraquium hacian otro tanto.

Así, pues, eran seis los puntos atacados.

En todos ellos fué rechazado Pompeyo.

Perdió dos mil hombres y crecido número de voluntarios y capitanes, entre estos á Valerio Flaco, hijo de Lucio Valerio, que habia sido pretor en Asia.

César perdió únicamente veinte soldados, y tomó seis banderas.

Cuatro centuriones que defendían un fuerte contra el cual se habían ensañado los soldados de Pompeyo, perdieron cada uno un ojo, y al terminar el combate hallaron dentro de las murallas treinta mil flechas. Solo el escudo del centurion Scœva estaba atravesado por ciento treinta y dos.—Ya contamos en otro lugar como ese valiente, con un ojo reventado, habia dado muerte á dos soldados de Pompeyo fingiendo rendirse.—Otro, llamado Minucio, recibió ciento veinte flechas en su escudo, y tuvo el cuerpo atravesado de un lado á otro por seis puntos diferentes.

César dió al primero ochenta mil sestercios de recompensa, y de la octava fila lo hizo pasar á la primera.

Honró y recompensó al segundo de un modo diferente, pero satisfaciéndolo por completo. Debemos agregar que curó de todas sus heridas.

Los demas recibieron doble paga y doble racion.

En medio de aquellos acontecimientos llegó Escipion de Africa.

César, que no perdía ocasion alguna de conseguir un arreglo, le envió á Appio Claudio que era su amigo.

Escipion, como se recordará, era suegro de Pompeyo y tenia gran influjo sobre su yerno.

Desgraciadamente estaba siempre á su lado el fa-

moso Favonio, el *mono* de Caton, que regalaba lechugas, nabos y pepinos en sus juegos, el cual impidió que oyese á Claudio.

Entretanto, la situacion de Pompeyo empeoraba dia tras dia; su gente carecia de agua y sus animales de forrage. César habia desviado el curso de todos los manantiales, y los soldados estaban á media racion del precioso líquido, al paso que los caballos y las acémilas solo se alimentaban con hojas y raices de caña. Al fin acabaron por dar exclusivamente ese alimento, por malo que fuese, á los caballos.

Las mulas y los asnos se murieron, y el hedor de los cadáveres hizo nacer en el campamento una especie de epidemia.

Los Pompeyanos trataron de hacer venir forrage por mar; pero no podían conseguir sino centeno en vez de avena, y los caballos, casi todos de la Grecia y el Ponto, no estaban acostumbrados á aquel alimento.

Al fin Pompeyo se avergonzó de aquella situacion y resolvió hacer una salida.

La casualidad lo favoreció.

Habia en el campamento de César dos caballeros alóbroges hijos de un gefe llamado Albucila; ambos eran valientes, y habiéndose portado bien en las guerras de las Galias, habian llegado en recompensa á los primeros grados de la milicia; ademas, merced á la

proteccion de César, habian sido admitidos en el Senado antes de la edad requerida por la ley.

César los estimaba mucho y les habia regalado tierras de las tomadas á los enemigos; pero nada de aquello les bastó. Mandaban fuerzas de caballería de su país, y les retuvieron la paga diciendo que César no se la habia entregado.

Aquellos hombres fueron á quejarse á César.

César les hizo algunas preguntas, y no solo supo de aquel modo que los dos galos no pagaban á la gente que tenian á sus órdenes, el dinero que de él recibian, sino que ademas exageraban el número de aquella misma gente, poniendo desde hacia dos años en sus cuentas doscientos hombres y doscientos caballos que nunca habian existido.

César consideró que la ocasion era poco á propósito para hacer un escarmiento; así, pues, llamó á los dos caballeros y los reprendió á solas, echándoles en cara su concusion y diciéndoles que podian fiar en su generosidad, puesto que ya habian recibido mas de una prueba de ella.

Aquella reprension los lastimó. De vuelta á su tienda celebraron consejo y resolvieron cambiar de partido pasándose al de Pompeyo.

Decidieron, ademas, matar á Volusio, general de la caballería, para ser mejor recibidos.

Pero fuese que no hallasen oportunidad para ello,

ó que el proyecto ofreciese demasiadas dificultades, se contentaron con pedir prestado á sus amigos todo el dinero que pudieron, como si tratasen de pagar á su gente; despues compraron algunos caballos, de los cuales carecia Pompeyo por la gran mortandad que habia tenido en su campamento, y se pasaron al enemigo con todos los que quisieron seguirlos, que serian un centenar de hombres.

Pompeyo no estaba acostumbrado á semejantes deserciones; así, pues, les hizo grandes festejos y les paseó por todos lados.

Despues, por la tarde, los llamó á su tienda y supo por ellos los puntos débiles del campamento de su enemigo y la distancia á que se hallaban unos de otros los diferentes cuerpos de guardia.

Bien enterado de todo, resolvió verificar la sorpresa al dia siguiente.

En cuanto llegó la noche hizo embarcar un érecido número de arqueros é infantería ligera con faginas para llenar los fosos; despues tomó sesenta cohortes y las llevó hácia el lado del mar, cerca del punto del campamento de César mas próximo á la orilla y mas alejado por lo tanto del cuartel general.

El punto que Pompeyo habia resuelto atacar estaba defendido por el cuestor Léntulo Marcelino y la novena legion.

Léntulo Marcelino se hallaba enfermo, pero tenia

inmediato á Fulvio Póstumo para sostenerlo y reemplazarlo en caso de necesidad.

El campamento de César tenia dos atrincheramientos por aquel lado: el primero hacia frente al enemigo y constaba de un foso de quince piés de ancho y un parapeto de diez de alto; el otro, situado á unos cien pasos, no solo era menor sino que en algunos parajes estaba aun por acabar.

Pompeyo estaba enterado de todo, y dirigió la mayor parte de sus fuerzas contra aquel punto.

La novena legion fué atacada al amanecer.

Así que Marcelino tuvo noticia de ello, le envió un refuerzo; pero era poco considerable y llegó ya tarde.

Ademas, los mas valientes tienen sus horas de pánico.

Los romanos solian echar la culpa de esto á un dios, para librarse de lo que pudiera tener de deshonroso.

Todos huyeron.

El portaestandarte principal se hizo matar; pero antes de morir entregó su estandarte á un caballero diciéndole:

—Haz presente á César, que solo lo he entregado moribundo, y á un romano.

Afortunadamente acudió allí Antonio con dos cohortes.

Pero ya habia habido una gran matanza.

César, advertido á su vez, por el humo que salia de los fuertes, y que era la señal convenida en caso de sorpresa, acudió tambien por su lado.

Sin embargo, ni él ni Antonio pudieron poner en orden á los fugitivos.

César estuvo á punto de perecer intentándolo.

Quería detener á un soldado alto y robusto y hacerle volver cara al enemigo, y el soldado levantó la espada para herirlo.

Afortunadamente su escudero vió aquel movimiento y de un tajo derribó el brazo al soldado.

César lo creía todo perdido y así hubiera sido en efecto si Pompeyo no hubiese dudado de su fortuna y dado tiempo á los cesarianos para reunir sus esfuerzos.

Los soldados de Pompeyo se retiraron en buen orden, sin necesitar puentes para volver á pasar los fosos, pues estaban llenos de cadáveres.

César tuvo una baja de mil muertos y cuatrocientos ó quinientos prisioneros.

Aquella tarde decia á sus amigos:

—La victoria hubiera sido hoy de los pompeyanos si Pompeyo hubiera sabido vencer.

César pasó una mala noche, como la que debió pasar Napoleón después de la ruptura del puente de Lobau. Confiando ambos en la fortuna, habían cometido casi la misma falta.

César se echaba en cara el haber ido á hacer la guerra á Pompeyo en una costa árida, en que sus soldados se morían de hambre, mientras él no tenía probabilidad alguna de hacer carecer de nada á los de su contrario, provistos como estaban de una escuadra.

Sin embargo, quizá era tiempo aún de remediar aquella falta. Escipión había sido enviado á Macedonia con dos legiones. Si él hacía que las seguía, seguramente Pompeyo, mas enamorado que nunca de su mujer Cornelia, se opondría á que César degollase á su suegro y á sus dos legiones; si por el contrario, á pesar de todo lo que era de esperar,

atravesaba Pompeyo el mar y regresaba á Italia, él regresaría á ella tambien por la Iliria é iria á presentarle el combate bajo los muros de Roma.

Empezó, pues, por tratar de poner en seguridad los heridos y los enfermos, haciéndolos partir durante la noche escoltados por una legion con orden de no detenerse hasta llegar á Apolonia.

El grueso del ejército no debía ponerse en camino sino á las tres de la mañana.

Pero así que los soldados tuvieron noticia de aquella partida, y supieron que César había tomado tal resolución porque habían combatido mal, todos se afligieron estremadamente. La novena legion, que había abandonado el campo, atemorizada, aquella mañana, se trasladó toda entera á la puerta de la tienda de César á pedirle que la castigara.

César impuso á los soldados algunos leves castigos y trató de consolarlos.

—Ya os portareis valerosamente otro día, les dijo; ahora es preciso dar tiempo á vuestro terror para que se calme.

Ellos insistían en tomar la revancha en aquel mismo momento.

César se negó á ello resueltamente y volvió á dar la orden de ponerse en camino á las tres de la mañana en dirección del antiguo campamento de Apolonia.

César salió el último de su campo con dos legiones, llevando al frente las trompetas.—Salir sin ruido no hubiera sido retirarse sino huir.

En cuanto amaneció, Pompeyo lanzó su caballería tras la retaguardia de César.

Aquel día fué de gran fiesta en el campamento pompeyano.

En vano César había hecho tocar las trompetas: no se retiraba, huía, estaba vencido.

El día anterior, como se recordará, se le habían hecho quinientos prisioneros; á pesar de la ley presentada por Catón y que decía que ningún ciudadano romano sería muerto fuera del campo de batalla, Labieno, que había jurado no dejar las armas mientras no hubiese vencido á su antiguo general, obtuvo disponer de ellos; Pompeyo fingió creer que era para perdonarlos y se los entregó.

—¡Hola! antiguos compañeros, les dijo Labieno, parece que desde que nos hemos separado habeis aprendido á huir?

Y los hizo matar desde el primero hasta el último.

Segun había previsto César, Pompeyo se puso á perseguirlo.

Muchos le habían aconsejado volver á Italia, tornar á ocupar la España y posesionarse de nuevo de aquel modo de las provincias mas hermosas del im-

perio; pero, ¿abandonar á Escipion, entregar el Oriente á los bárbaros, arruinar á los caballeros romanos, dejando á César la Siria, la Grecia y el Asia! ¡Imposible!

Además, ¿no había huido César, y no era mejor alcanzarlo y terminar la guerra con una acción general?

Pompeyo escribió á los reyes, á los generales y á las ciudades como si fuese ya vencedor. Su mujer Cornelia se hallaba en Mitilene con su hijo y le mandó correos con cartas en que le anunciaba que la guerra estaba concluida, ó poco ménos.

Por lo que hace á sus amigos la confianza que tenían era una cosa curiosa. Hasta se disputaban los despojos de César. El gran pontificado, sobre todo, que iba á quedar vacante, suscitaba no pocas ambiciones. ¿Quién sería gran pontífice en su lugar? Léntulo Espinter y Domicio Ahenobarbo tenían bastantes derechos á aquel cargo; pero Escipion era suegro de Pompeyo.

Entretanto, para no perder tiempo, algunos enviaron á Roma sus amigos ó sus intendentes para que les alquilaran casas en las inmediaciones del Forum, á fin de poder solicitar desde el dintel, por decirlo así, los cargos que codiciaban.

Se hacia en aquel tiempo en el campamento de Pompeyo, lo que diez y ocho siglos despues se veri-

ficaba en Coblentza. Domicio llevaba en el bolsillo una ley de sospechosos y un proyecto de tribunal revolucionario.

—Formad vuestra lista de proscripcion, decia Ciceron, y eso tendreis adelantado.

—¿Nuestra lista de proscripcion, preguntaban los demas emigrados, para qué? Eso está bien en Sila, quien está perdiendo tiempo en eso, nosotros no proscribimos individualmente por cabeza, sino en masa

En cuanto á Pompeyo, no tenia prisa de llegar á una batalla definitiva. Conocia á los que se las habian con él; hacia larga fecha que conocia á aquellos hombres, avezados al servicio de las armas y acostumbrados á vencer. Pero ya se habian envejecido y el tiempo solo podia apagar sus brios, y era preciso acabarlos en el cansancio. No queria comprometer á sus reclutas contra aquellos veteranos. Pero Pompeyo no era dueño de hacer lo que queria.

En el ejército de Pompeyo habia tantos hombres ilustres, tantos hombres de alta categoria, que todos mandaban, menos Pompeyo.

El único que era de su parecer era Caton. Quería ganar tiempo, obtenerlo todo por las negociaciones. Tenia constantemente presentes los dos mil cadáveres de Dirraquium y los quinientos prisioneros degollados por Labieno.

Aquel dia se retiró á la ciudad llorando y cubriéndose la cabeza con su toga en señal de luto.

Ciceron andaba siempre con epigramas, y Pompeyo, mas de una vez, deseó que el orador despiadado pasara al campamento de César.

Es verdad que los demas le secundaban lo mejor que podian.

Cuando veian á Pompeyo siguiendo á César paso á paso, de Epiro á Iliria, le achacaban, le echaban en cara que queria eternizarse en la dignidad dictatorial:

—Se complacia, decian los descontentos, en tener cuando se levantaba, una corte de reyes y de senadores.

Domicio Enobarbo no le llamaba nunca sino Agamenon, es decir, el rey de los reyes.

—Amigos míos, decia Fabonio, no comeremos este año brevas de Túsculo *Tivoli*.

Afranio, que habia perdido á España, y á quien se acusaba de haberla vendido, llamaba á Pompeyo el gran traficante de provincias.

—Acabemos primeramente con César, decian los caballeros, y despues acabaremos con Pompeyo.

Este tenia tal miedo de que una vez vencido César, Caton no se levantara para exigirle que depusiera el mando, que no le habia conferido comision

alguna importante; y cuando marchó en persecucion de César, le dejó en Dirraquium.

Caton estaba reducido al cargo de conductor de equipajes.

Pero se aglomeraron tantas chanzonetas y tantas imprecaciones contra Pompeyo, que este resolvió atacar á César así que este parara su marcha.

César efectivamente se paró, pero en las llanuras de Farsalia.

VI

En aquel punto iba á decidirse la suerte del universo.

Los primeros dias de retirada habian sido para César dias de terrible lucha.

La noticia de su derrota se habia generalizado, y le cubria de una desprecio general: le negaban víveres y pasturas; y esto sucedió hasta que tomó la ciudad de Gomjas en Tesalia.

Desde entonces se encontró en la abundancia, hasta el punto de que sus soldados, que casi se estaban muriendo de hambre hacia cinco meses, habiendo encontrado ánforas bien repletas de vino añejo en las bodegas de la ciudad, celebraron por tres dias una bacanal. En fin, como ya hemos dicho, así que César llegó á Farsalia, se detuvo.

Así que llegó Pompeyo á una altura inmediata, formó su campamento frente del de César.

Sin embargo, en aquel mismo punto volvió la duda á atravesar su espíritu. Tuvo un presagio, y todo el mundo conoce lo que influía esta circunstancia en los acontecimientos de aquella época.

Cuando salió del consejo en el que se había resuelto dar el combate del día siguiente, y en el cual Labieno, comandante de la caballería, había renovado el juramento solemne de no envainar la espada sino después de la caída de César, este volvió á su tienda de campaña, se acostó y pronto quedó dormido. Entonces tuvo un ensueño.

Sonó que estaba en Roma, en el teatro en donde el pueblo le recibía con grandes aplausos, y que al salir del teatro adornaba con ópimos despojos la capilla de Venus Nicéfora.

Aquel ensueño, que á primera vista parecía no tener nada sino favorable, podía, sin embargo, encerrar doble sentido.

César era hijo de Venus: ¡aquellos ricos trofeos con que Pompeyo adornaba la capilla de Venus, no eran los despojos que este había cogido á César?

Toda la noche el campamento estuvo perturbado por terrores pánicos; por dos ó tres veces las guardias tomaron las armas, creyendo que las atacaban.

Poco antes de amanecer y en la hora en que se

colocaban los centinelas, se vió por encima del campamento de César, en donde reinaba la mayor tranquilidad y el mayor silencio, levantarse una luz muy viva que venía á caer en el campamento de Pompeyo.

Tres días antes, César había celebrado un sacrificio para la purificación de su ejército.

Después de inmolada la primera víctima, el adivino le anunció que dentro de tres días se batiría con el enemigo. César preguntó al sacrificador.

—¿Además de este aviso, no ves en las entrañas de la víctima algún signo favorable?

—Puedes tú contestar á esa pregunta mejor que yo, contestó el adivino. Los dioses indican un cambio muy grande, una revolución de las cosas establecidas, lo contrario de lo que existe actualmente. Si eres dichoso, serás desdichado; si eres vencedor serás vencido; si vencido, serás vencedor.

No tan solo en los dos campamentos y en las inmediaciones se señalaron prodigios.

En Trales, en un templo dedicado á la Victoria, había una estatua de César: el suelo de alrededor, ya firme de por sí, estaba además empedrado con piedras muy duras.

A pesar del suelo y por los intersticios de la piedra, brotó una palmera cerca del zócalo de la estatua.

En Pádua, Cayo Cornelio, hombre de gran nombradía en el arte de la adivinación, y amigo íntimo del historiador Tito Livio, estaba sentado en su sillón augural, y seguía atento el vuelo de las aves.

Supo el momento de la batalla, y anunció á los que le rodeaban que acababa de empeñarse la acción.

Después, prosiguiendo sus observaciones, y habiendo examinado los signos, se levantó con entusiasmo y exclamó:

—Triunfas, oh César.

Y como algunos dudaban de la profecía, se quitó la corona que llevaba y manifestó que no volvería á ponérsela en la cabeza, sino cuando el acontecimiento hubiera justificado su predicción.

Sin embargo, á pesar de todo esto, César se preparaba á levantar el campo y á continuar su retirada hácia la ciudad de Escolusa.

La inferioridad numérica de su ejército le asustaba.

No tenía mas que mil caballos, Pompeyo tenía ocho mil.

No tenía mas que veinte mil infantes, Pompeyo tenía cuarenta y cinco mil.

Anunciaron á César que se señalaba cierto movimiento en el campamento enemigo y que Pompeyo parecía decidido á dar la batalla.

César reunió á sus soldados. Les anunció que Cornificio, que estaba solo á dos jornadas de distancia, le traía dos legiones, que Celeno tenía en las inmediaciones de Megara y de Atenas, quince cohortes que se ponían en marcha para incorporarse con él.

Les preguntó si querían esperar esos refuerzos, ó dar la batalla solos.

Entonces todos sus soldados á una voz le rogaron no esperara, y por el contrario, si vacilaba el enemigo, que se inventara algún estratagema para decidirle á combatir.

Además, lo que daba semejante valor á los soldados de César, era que después de su partida de Dirraquium, César los había ejercitado en el manejo de las armas, y que siempre habían tenido gran ventaja sobre el ejército enemigo.

Teniendo, como ya se ha dicho, tan solo mil ginetes que oponer á siete ú ocho mil ginetes de Pompeyo, había escogido en su infantería ligera los soldados mas jóvenes y los mas ágiles; los colocaba en grupa detrás de los ginetes, y en el momento de sostener la carga, los infantes saltaban en tierra, y de este modo, en lugar de mil hombres, los soldados de Pompeyo se veían de repente atacados por dos mil.

En una de aquellas escaramuzas, uno de los dos hermanos Alobroges, que habían pasado al campamento

mento de Pompeyo, y habian sido causa de la derrota de Dirraquium, habia sido muerto.

Pero, así lo hemos dicho ya, Pompeyo habia evitado hasta entonces una batalla general.

Por la mañana del dia de la batalla de Farsalia, habia resuelto atacar.

Algunos dias antes, en pleno consejo y cuando Domicio acababa de decir que todo senador que no hubiese seguido á Pompeyo, merecia la muerte ó cuando menos el destierro, como acababa de dar á los jueces nombrados anticipadamente, tres tablillas: una para la sentencia de muerte, otra para el destierro y la tercera para la muerte.

Pompeyo, hallándose en el caso de empeñar la batalla, habia pedido algunos dias mas. A lo que Favonio le preguntó:

—¿Tienes miedo? Si es así, entrega el mando á otro, y vete de conductor de equipajes en lugar de Caton.

Entonces respondió Pompeyo:

— Tan poco miedo tengo, que con sola mi caballería quiero derrotar al ejército de César!

Y como algunos, que en medio del general delirio habian conservado su sentido comun, preguntaron á Pompeyo cómo se las gobernaria para ello, el general contestó:

—Es cierto que á primera vista aquello puede pa-

recer increíble; pero es mi plan de los mas sencillos: con mi caballería envolveré su ala derecha que acuchillaré; despues picaré la retaguardia al ejército, y vereis que casi sin combatir, conseguiremos una brillante victoria.

Entonces Labieno á su vez, para confirmar cuanto decia Pompeyo, y para redoblar la confianza del soldado, añadió:

—No creais que os las habeis con los vencedores de la Galia y de la Germania; sé lo que digo, habiendo tomado parte en la conquista. Quedan ya pocos soldados de aquellas grandes batallas del Norte y del Occidente. Parte de ellos yacen en el mismo campo de batalla, otros han muerto de enfermedad en Italia ó en Epiro; hay ademas cohortes enteras que están de guarnicion custodiando ciudades. Los que tenemos á nuestro frente vienen de las orillas del Pó y de la Galia Cisalpina; así, el dia en que á Pompeyo se le antoje hacernos combatir, carguemos con toda confianza.

Aquel dia llegó. En el momento en que César hacia abatir tiendas, en el momento en que los soldados hacian marchar por delante de ellos los sirvientes y las acémilas, los exploradores de César vinieron á decirle que habia gran tumulto entre los pompeyanos, y que todo daba lugar para creer que se disponian á la pelea.

Otros dijeron despues, que las primeras filas de Pompeyo habian formado en batalla.

Entonces César subió á un monton de tierra para que todos le vieran y le oyeran, exclamó:

—Amigos míos, ya llegó, por fin, el día en que Pompeyo nos presenta la batalla, y vamos á combatir, ya no contra el hambre y la escasez, sino contra los hombres. Habeis deseado este día con impaciencia; me habeis prometido que venceriais: cumplidme vuestra promesa.

Despues mandó que en la tienda de campaña se izara la bandera roja en señal del combate.

Apenas la vieron los romanos, que corrieron á las armas; y como estaba el plan de batalla formado anticipadamente, y que cada gefe habia recibido las órdenes que le correspondian, los centuriones y los decuriones condujeron á sus soldados cada cual á su puesto, y seguidos de sus soldados, como dice Plutarco: "Cada cual ocupó su puesto con tanto orden y tanta sangre fría como si se hubiera tratado de una campaña de tragedia."

VII

Veamos ahora el lugar que cada uno ocupaba.

Pompeyo mandaba el ala izquierda * teniendo consigo las dos legiones que César le habia enviado desde las Galias.

A su frente estaba Antonio, que por lo tanto mandaba el ala derecha de los cesarianos.

Escipion, suegro de Pompeyo, mandaba el centro, compuesto de las legiones de Siria, teniendo por opositor á Calvino Lucio.

En fin, Afranio mandaba el ala derecha, en que se hallaban las legiones de Cilicia y las cohortes procedentes de España, que Pompeyo consideraba como sus mejores tropas. A su frente estaba Sila.

Dicha ala derecha de los pompeyanos tenia cu-

* Plutarco dice que la derecha, pero César afirma que la izquierda, y nos parece mas digno de ser creído.